

EL LLANTO CELESTE DE PEDRO RUIZ

Humanizar lo divino es también divinizar lo humano. Hallar maneras cada vez más cercanas de mostrar el amor y el martirio, cosas tan viejas como la humanidad y tan nuevas como un recién nacido. María está en las barriadas, Juan Bautista se desvela en la primera línea, Cristo está entre los desaparecidos. Por eso no es de extrañar que imágenes que recuerdan estos dramas cotidianos, estas injusticias y estas esperanzas, irrumpen en los sitios ceremoniales, merezcan sus marcos dorados, sus coronas de espinas, sus guirnaldas de flores, sus palmas del martirio, y llenen los espacios del sagrado corazón para gritarle al mundo que si la crueldad y la barbarie y la intolerancia siguen vivos después de milenios, también están vivos la rebelión y la resistencia y el amor y la perplejidad. Así nos dejamos tocar por esas manos crucificadas, por esas frentes sangrantes, por esas madonas del pueblo, por esos éxodos, por esas rosas mártires, por esos gritos, por esas lágrimas del cielo que son reflejo de tantas lágrimas humanas y reclaman también llantos de alegría, lluvias de justicia, signos de esperanza y de dignidad para miles de seres profanados.

William Ospina